

Momo discute con su mujer mientras las niñas lloraban, como de costumbre.

Un día más se arrepentía de haberse casado.

Qué le costaría a ella dejarle dormir en paz.

Había estado trabajando.

Era un artista, no un juerguista.

Vale, se había pasado un rato charlando, pero quién no tiene derecho a hacerlo.

Por lo visto eso de sentarse en la calle y estarse horas de palique resultaba antes de lo más normal.

Cuando eras joven parecía que aún tenías derecho a ver a tus amigos, pero en cuanto te casabas, se suponía que debías recluirte en casa como en un monasterio, ponerte a ver la tele y quedarte más embobado aún que con los porros.

Pues él se negaba, lo sentía mucho pero necesitaba defender sus derechos de ciudadano libre, especialmente frente a su mujer, que más bien parecía un policía disfrazado.

Así comprendía que muchos hombres se vieran obligados a mentir a sus cónyuges al salir de trabajar diciéndoles que estaban en la oficina.

Él no quería caer tan bajo, pero aún así reconocía que alargaba todo lo posible su jornada laboral.

Le salía de manera inconsciente.

Se pasaba el día perdiendo el tiempo, viendo chorradas en internet, y luego le tocaba ponerse a currar a última hora.

Lo sentía por las niñas, pero de ellas se encargaban las abuelas, y parecían encantadas.

Qué diferencia abismal existía entre la generación de sus padres, la suya y la de sus hijas.

Unos nacidos durante la autarquía, otros abiertos a Europa, y ahora todos inmersos en plena globalización.

Aunque mirándolo fríamente le parecía que la diferencia radicaba en que cada generación vivía más enclaustrada que la anterior.

Por eso lo único que deseaba era manifestarse esa tarde, al fin.

Y esperaba que aquellas movilizaciones por la libertad, en nombre de la verdadera democracia, se prolongaran durante largo tiempo.

Al parecer estaba previsto comenzar a celebrar asambleas en los barrios, y eso le parecía un sueño tras tantos años de silencio por parte de la ciudadanía.

A él le gustaba la libertad de expresión, pero a su mujer no.

Ella era una de las miles de mujeres que perdían su tiempo libre en soledad comprando en Zara.

Así iba el mundo, mal para todos excepto para el dueño de esa empresa gracias al trabajo de las mujeres.

Ella se dejaba allí el sueldo, y luego no era de extrañar que estuviera amargada.

Con sus hijas no pasaba ni una hora al día, hasta las bañaba su madre.

Por las mañanas, era él el que las llevaba a la guardería, así no la molestaban.

Para acicalarse le hacían falta horas.

Y todo para ir a trabajar a la oficina de la empresa inmobiliaria de su papá, donde se creía la jefa por haber estudiado Empresariales.

Luego, como sólo estaba pendiente de sus tacones y sus collares, no se enteraba ni de uno de los chanchullos que hacía su padre, que había que estar ciego para no verlos.

Menudo paripé.

A cambio sus padres pagaban la guardería en la que había querido meter a las gemelas nada más nacer, como si le desagradara el contacto con ellas.

Y lo peor es que cuando se pelean, como ahora, él se lo echa todo en cara.